PERROS Y GATOS

PERROS Y GATOS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ ESTREMERA

Estrenado en el TEATRO LARA el 1.º de Mayo de 1882

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA MAGDALENA......	SRA. VALVERDE.
INÉS.....................	ALVERÁ DE NESTOSA.
JUANA....................	SRTA. ARNAU.
ENRIQUE..................	SR. RUIZ DE ARANA.
BLAS (1)..................	RUBIO.

(1) Este papel debe desempeñarlo un actor que tenga reconocida autoridad ante el público, pues de él depende el efecto de la escena octava. Por esta razón se ha encargado de su desempeño en Madrid el Sr. Rubio, á quien el autor queda muy agradecido.

ACTO UNICO

Gabinete elegante. Dos puertas al foro y dos laterales en los segundos términos. A la ízquierda del actor, primer término, chimenea. Sobre ella reloj y luz.

ESCENA PRIMERA

JUANA y BLAS

JUANA ¡Es ya cosa concluída!
BLAS ¿No me quieres escuchar?
JUANA No; ni me vuelvas á hablar
en los días de tu vida.
BLAS Nada, yo no me acomodo.
Pero, ¿se puede saber
qué es lo que he podido hacer
para que estés de ese modo?
JUANA Hablar con la Nicolasa,
la que sirve al general
que vive en el principal
de aquí, de esta misma casa.
BLAS ¿Quién te vino con el cuento?
Dí, ¿quién fué la *calumnianta*
que ha podido decir tanta
barbaridá en un momento?
JUANA La señora.
BLAS Chica, dí
que lo mismo te se da

de que te quiera, y que ya
estás cansada de mí.
Bien conozco, gran indina,
que tú estás de esa manera
porque quieres al hortera
de la tienda de la esquina.
Se las echa de rumbón...
te hace regalos...

JUANA ¡A mí!
Eso es mentira.

BLAS Pues dí,
¿no te dió ayer un jabón?

JUANA ¿Con esa sales ahora?
¡Qué *infundios!* Y, ¿qué mal bicho
ha sido el que te lo ha dicho?

BLAS Me lo ha dicho la señora,
que me quiere de verdad,
y no consiente que estés
jugando conmigo, y des
que hablar á la vecindad.

JUANA ¿La señora? Yo no creo
que pueda hablar mal de mí,
que me quiere más que á tí,
y siempre fué su deseo
el complacerme.

BLAS A mí igual;
que tenemos la fortuna
de estar sirviendo aquí á una
mujer muy angelical.
Lo que me ha hablado de tí
me lo ha dicho por mi bien.

JUANA ¡Toma, pues á mí también!

BLAS ¡Eso es; y dudas de mí!

JUANA Porque te quiero, ahí está;
que si yo no te quisiera,
para mí lo mismo fuera
que hablaras con ciento.

BLAS ¡Ya!
Hagamos las paces; vamos...
Y basta ya de reñir,
que no es cosa de vivir
como viven nuestros amos,
que no se les pasa un día
sin que por una friolera

armen una pelotera.
Yo no lo resistiría.
Y á no ser por la señora,
que siempre los pone en paz,
era el amo muy capaz
de marcharse; pero ahora...
La pobre señora es
una santa, una paloma
sin hiel.

JUANA Es cierto.

BLAS Y se toma
por todo el mundo interés.
Si una vez va á regañarte,
ella es de tal condición,
que en dándole una razón
ya se pone de tu parte.
Si sabe que hemos reñido
vamos á darle un mal rato;
conque *haiga* paz, cierra el trato.
(Abrazándola.)

JUANA ¡Sí, no estás tú mal perdido!

BLAS Si eres mi mujer, no intentes
reñir nunca, no tengamos,
como tienen nuestros amos,
las alcobas diferentes.
La noche en que no hay enfado
aquí el matrimonio está;
(señalando hacia la puerta izquierda.)
pero si riñen, se va
cada uno por su lado.
Vámonos al comedor,
que hay que disponer ahora,
tú la luz de la señora
y yo la luz del señor,
por si vienen hoy reñidos,
que será lo regular.
Conque no hay que regañar,
¿convenidos?

JUANA Convenidos.
(Medio mutis hacia el foro derecha.)

ESCENA II

DICHOS y DOÑA MAGDALENA

MAG. ¿Qué hacen ustedes aquí?
BLAS Nada, estábamos hablando.
JUANA Este me decía que...
MAG. ¡Ah! ¿ha sido éste? Está claro, (A Blas.)
¡siempre has de tener la culpa!
BLAS ¡Qué! Si la estaba encargando...
MAG. Eso es distinto. ¡Si á tí (A Juana.)
todo tienen que encargártelo!
Si no, nunca has de hacer nada.
JUANA No es eso.
MAG. Entonces, me callo.
Vamos á ver, y tú, ¿tienes
en orden lo necesario
para el té?
JUANA Voy ahora á hacerlo.
MAG. Pero, ¿cómo te has estado
hasta ahora?
JUANA Tiempo hay;
todavía es muy temprano.
MAG. Entonces no digo nada.
BLAS (¿Ves? Así nunca hay regaños;
se aviene á todo.)
JUANA (Es verdad.)
MAG. Y tú, ¿cómo no has bajado
al portal para que no
tengan que estar esperando?
Con este frío que hace
tardas en abrir y... es claro,
se van á helar. Aquí nadie
obedece mis mandatos.
BLAS Si es que...
MAG. Ya, vamos, si es que...
no digo nada, me callo.
Pero id á vuestros negocios
porque ya es tarde.
BLAS Volando.
(Vaya, es buena como el pan.)
JUANA (Justo.)
BLAS (Así no hay muchos amos.)

ESCENA III

DOÑA MAGDALENA

¡Ay, qué frío! ¡Claro está,
si me he quedado dormida!
Dejé la lumbre encendida
y se está apagando ya.
¡Caramba, si son las dos!
¡Y los chicos no han venido!
Aun no se habrá concluido
la *soirée*. ¡Válgame Dios!
Con esta noche endiablada...
¡Y nieva! ¡qué atrocidad!
Cogen una enfermedad,
él de frac y ella escotada...
Nos trae mil inconvenientes
y peligros incesantes
ser personas importantes
y ser personas decentes.
Que el marqués da reunión,
traen á casa un catarrazo;
hay carreras, batacazo;
come el duque, indigestión.
Así es que vivo sin calma
temiendo que cualquier día
me vengan con pulmonía.
¡Pobrecitos de mi alma!
¡Ay, esto es insoportable
y yo estoy siempre en un brete!
(Echando leña.)
Que encuentren el gabinete
calentito y confortable.
¡Fueron contentos los dos,
cosa que no siempre pasa;
ojalá vuelvan á casa
en paz y en gracia de Dios!
Ella celosa de amante
y él cariñoso y severo,
se quieren de veras, pero
no están en paz un instante.
El, que de todo es capaz,

y ella también es así...
Si yo no estuviera aquí
nunca estarían en paz.
¡Ay, Dios mío, yo no sé
por qué tardan tanto hoy!
¡Pobrecitos míos! Voy
á prepararles el té. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA IV

INÉS y ENRIQUE

Salen por el foro izquierda, él de frac y con gabán puesto. Ella de baile y con el abrigo sobre los hombros. Escena muda. Ella al entrar se quita el abrigo, lo tira sobre un mueble y se deja caer en un sofá cubriendo la cara entre los brazos, que apoya en el respaldo. El la sigue con gabán puesto; deja el sombrero y se sienta impaciente. Mira á su mujer y hace un gesto de disgusto. Comienza á desabrocharse un guante con cierta calma. Se lo quita; apoya los codos sobre las rodillas y sacude el guante contra la otra mano, dando golpecitos rítmicos y apresurados con el pie. Hace un gesto de resignación; se levanta dando un suspiro; llega junto á ella por detrás del asiento buscando verle la cara. Inés vuelve la espalda. El se sienta á su lado en actitud suplicante. Inés vuelve á su primera postura. Enrique le coge la mano, que ella retira con violencia. El se levanta precipitadamente, como quien ha tomado su última resolución, coge su sombrero y se va. Inés, al verle marchar, se levanta y se va por otro lado, rasgando de cólera su pañuelo. En el momento de marcharse aparece doña Magdalena.

ESCENA V

DOÑA MAGDALENA, luego INÉS

MAG. Vaya, al fin, hoy han venido
en paz y en gracia de Dios,
puesto que yo no he escuchado
ni un suspiro ni una voz.
¡Ay, Dios, si vendrán enfermos!
¡Hijos de mi corazón!
Enrique, Inés. ¿Dónde están?
Estará en su tocador...
Inés, ¿qué haces, hija mía?

¿Dónde te metes?
INÉS (Saliendo.) Ya voy.
MAG. Vamos, al fin, hoy venís
contentos, de buen humor.
Te habrás divertido mucho.
Tú tomaste un sofocón
porque te llevaba Enrique
á casa de ese señor,
y al cabo vienes contenta
y alegre de la función.
Si tú tienes un marido
como no se encuentran dos;
tan santo, tan complaciente,
tan fino, tan bonachón.
Pero, mujer, cuéntame
la gente que ha habido hoy.
¿Había mucha elegancia?
¿Cómo ha sido el cotillón?
INÉS ¡No me hable usted de ese baile,
que me ha puesto de un humor!...
¡En hora mala hice caso
de usted y del camastrón
de mi marido: he pasado
una noche más atroz!...
MAG. ¿Pero, qué te ha sucedido?
Habla, por amor de Dios.
INÉS Pues que mi marido es
un hombre sin corazón,
que me ha puesto hoy en ridículo
de una manera feroz.
Figúrese usted que apenas
entramos en el salón
y distingue á la señora
del general Bentavol,
la que vive en esta casa
para desdicha mayor,
abandonándome en medio
de toda la reunión,
se me marcha al lado suyo
sin cuidarse de que yo
estoy allí, se acomoda
al lado de su sillón,
y se están toda la noche
cuchicheando los dos,

poniéndome á mí en berlina,
y llamando la atención.
Empieza á hacer comentarios
cada cual á su sabor.
Unos hablan del marido,
que, como el paciente Job,
mira al techo y manosea
la cadena del reloj.
Otros me miran con aire
de maligna compasión,
como queriendo decir:
«amiga, te le birló.»
La de Gutiérrez se sienta
á mi lado con amor,
y pasando su abanico
con un aire coquetón
por encima de la falda
de su vestido de gró,
como queriendo ocultar
el pie, mas con la intención
de que ciñendo el vestido
se la pueda ver mejor,
empieza á darme consuelos
que no le pedía yo,
y consiguiendo tan solo
darme una sofocación,
me obliga á que me levante
sin decir ni sí ni no.
Luego Vélez, un gomoso,
sietemesino feroz,
de esos que llevan la moda
á la última perfección,
con su cerquillo en la frente,
con su cara de arrebol,
y un lente que le condena
á perpetua contracción,
haciendo con bocas y ojos
un gesto arrebatador, (Imitando el gesto.)
se viene á mí con la mano
izquierda bajo el faldón
del frac, y con la derecha
saliendo de un tubo atroz
de blanco lienzo, sujeto
por un enorme botón,

y me dice: «¡Ay, Inesita,
veo con harto dolor
que pasan no sé qué nubes
por esa cara de sol!
Ese gesto es delicioso,
elegante, encantador.»
Y añade con osadía,
bajando un poco la voz:
«Inés, tiene usté un marido
que pide suplantación.»
Vea usted á qué me expone
ese marido traidor,
y dígame usted ahora
si me sobra la razón.

MAG. Sí, hija de mi alma;
bien comprendo tu dolor.
Eres una pobre víctima.
Bien te aconsejaba yo
que no consintieras nunca
esa detestable unión.
Tu marido es un perverso,
que nunca te tuvo amor.

INÉS Eso no, mamá.

MAG. Eso sí;
mi perspicacia lo vió.
Y que no será la última
que te juegue la de hoy,
porque es un libertinazo
y un hombre sin corazón.
Y hasta me temo que un día,
perdiendo todo rubor,
se marche con cualquier prójima
de mala reputación.
Mas, gracias á los consuelos
(Inés se echa á llorar.)
saludables que te doy,
y á que yo sé poner siempre
santa paz entre los dos;
si no, te mataba un día
de alguna sofocación.

INÉS ¡Madre mía, de mi alma,
qué desgraciada que soy!

MAG. Llora, hija mía, que tienes
motivo. ¡Válgame Dios!

Pero, déjate, que ahora
voy á hablar á ese bribón
y hacerle ver sus perfidias,
y que sepa quién soy yo.
Y para que no suceda
otra vez, es lo mejor...

INÉS ¿Ha encontrado usted un medio?
¿Cuál es?

MAG. La separación.
Quédate tú y que él se vaya
á China, y te juro yo
que nunca tendréis motivo
ni de levantar la voz.

INÉS No, mamá, si yo le quiero.

MAG. Pues es el medio mejor
para que nunca riñáis.

INÉS ¿Pero no verle? Eso no.

MAG. Es verdad.

INÉS Hay que reñirle
con calma.

MAG. Tienes razón.
Anda, quítate esa ropa
mientras hablamos los dos,
y no vayas á enfriarte,
que sería lo peor.

ESCENA VI

DOÑA MAGDALENA

¡Válgame Dios! ¡Pobrecita!
Con ese feroz marido...
Yo que siempre la he tenido
tan cuidada y mimadita.
A ella siempre le causó
toda riña tanta mella...
¡Ay, pobre, qué será de ella
el día que falte yo!

ESCENA VII

DOÑA MAGDALENA y ENRIQUE

ENR. Vamos á ver si esa chica
nota la ridiculez
que ha hecho esta noche. No está.
¿Se ha marchado mi mujer?
MAG. Sí, señor. (Con enfado.)
ENR. (Adiós, mi suegra
se me ha enfadado también.)
¿Me hace usté el favor, señora,
de revelarme por qué
me recibe usté esta noche
con esa cara de juez?
MAG. Si es un favor, caballero,
sí, señor, que se lo haré,
aunque he de decirle cosas
que no le guste saber.
¡Es usted un miserable!
ENR. ¿Cómo?
MAG. Un marido cruel,
para quien, ante el capricho,
no hay más razón ni más ley.
Usted, con harto descoco
y punible intrepidez,
me va á matar á disgustos
á mi pobrecita Inés,
que es una niña inocente,
una paloma sin hiel...
y usted es un avechucho...
ENR. Muchas gracias.
MAG. No hay de qué.
ENR. Ya supongo que ella misma
habrá á usted hecho saber...
MAG. Todo lo que ha sucedido,
sí, señor; por ella sé
que es usted un hombre impúdico
que tiene la avilantez
de hacer el amor á una
mujer de un hombre de bien.
Sí, señor; por ella misma

he sabido que anda usted
en irregularidades
domésticas, eso es.
¡Pobrecita de mi alma!
Mucho será que esta vez
no le cueste la salud
saber que usted es infiel.

ENR. ¿Usted cree que yo soy
delincuente?

MAG. Lo se bien.

ENR. ¿Pero acaso usted no sabe
que yo adoro á mi mujer?

MAG. Eso sí.

ENR. ¿Lo enamorado
que con ella me casé?

MAG. Es cierto.

ENR. ¿Y que yo no pienso
más que en mi querida Inés?

MAG. ¡Es verdad!

ENR. Luego, ¿es creible
que yo haya podido hacer
algo malo?

MAG. No, señor;
tienes razón, no lo es.

ENR. Su hija de usté es una niña,
en quien yo depositè
todo el amor que mi alma
ha podido contener;
pero es algo celosilla,
y usted recuerda muy bien
que usted misma la ha tenido
á veces que reprender.

MAG. Sí, es muy celosa, celosa
de una manera cruel;
y yo le he dicho mil veces
que te va á comprometer.

ENR. No, señora, no es ya tanto.

MAG. No es ya tanto, exageré.

(Durante el parlamento que sigue, doña Magdalena hace con el gesto comentarios á cada una de las frases de Enrique, asombrándose, apesadumbrándose é indignándose, según los casos, demostrando siempre los mismo afectos que su interlocutor.)

ENR. Pues hoy ví á la generala,

que, como ya sabe usté,
me dió encargo de que venda
en la Bolsa su papel,
que el general en negocios
nunca ha querido entender.
Al verla allí tan despacio,
la ocasión aproveché
y le dí cuenta de todo
lo que he hecho. Mi mujer,
sin acordarse de nada,
según me han dicho después,
empieza á hacer muchos gestos
de impaciencia, empieza á ver
lo que no había, imagina
que todo el mundo la ve
con lástima, se incomoda,
suspira, empieza á toser
por llamarme la atención,
cosa que yo no noté;
se enoja, y hace, en fin, tanta
y tanta ridiculez,
que por la sala comienza
cierto run run á correr;
que el general oye pullas
que no le sientan muy bien;
se acerca á mí con mal modo
y me dice dos ó tres
inconveniencias; replico,
no me puedo contener
y queda pendiente el lance.

MAG. Jesús, María y José. (Con el mayor desconsuelo.)
Cómo, ¿tú vas á batirte?
¡Pero eso no puede ser!
¡Ay, Dios mío de mi alma!
¡Hijo mío!

ENR. (La engañé.
A ver si así...)

MAG. ¡Pobre! Y todo
por esa tonta de Inés.
Si yo sé que tú eres bueno,
y que no habías de hacer
nada malo. Tú eres víctima
inocente, bien lo sé,
de los celos de tu esposa

á quien Dios... perdone amén.
Ven acá, ven á mis brazos,
que yo te defenderé.
Hijo de mi corazón,
no volverá suceder.
Voy á hablar á esa imprudente;
tales cosas le diré,
que ha de venir á arrojarse
de rodillas á tus piés.

ENR. No, no, señora, por Dios,
hágame usté la merced
de no decirle palabra
que lo echará usté á perder.
(Porque si le habla la otra
le da la razón también.)
Déjeme usted que la hable,
yo me las arreglaré;
que ya estará más tranquila
y la podré convencer.

MAG. Bien.

ENR. (Me salvó lo del duelo.
Oh, si el general, que es
tan celoso, sospechase
lo mismo que mi mujer,
entonces sí me retaba.)

MAG. (Yo entre tanto bajaré
á hablar con el general
de lo que pasa, y tal vez
le haga desistir del duelo.)
Yo me voy; hasta después.
(A no ser por mí, ¿á estos chicos,
qué les iba á suceder? (Vase.)

ESCENA VIII

ENRIQUE; luego INÉS

ENR. Pues, señor, yo no comprendo
lo que pasa, ¡voto á cién!
¡Que dos que se quieren bien
han de estar siempre riñendo!

INÉS Ah, ¿estás aquí? (Medio mutis.)

ENR. Ciertamente.

No te vayas.

INÉS Sí me voy.

ENR. ¿Te vas cuando ves que estoy
esperándote impaciente?

INÉS ¿Quiéres hacerme un artículo
de culpas? Justo, eso es.
Eso faltaba, después
de haberme puesto en ridículo.
(El quiere hablar)
Es inútil que derroches
tu elocuencia. No hay que hablar.
Yo ya me voy á acostar
á mi cuarto. Buenas noches.
(El quiere detenerla.)
No tengo gana de historia.

ENR. ¡Pues, señor, es mucha cruz!

INÉS Juana. (Llamando hacia adentro)

JUANA (Dentro.) Señora.

INÉS Mi luz.

ENR. (Va á hablar á su mujer en actitud suplicante, pero á un gesto de desdén que vé en ella, muda de pensamiento súbitamente.)
Blas. (El mismo juego)

BLAS Señor. (Dentro.)

ENR. Mi palmatoria.
(Después de una pausa con tono cariñoso.)
¿Te vas á tu cuarto?

INÉS Sí.

ENR. ¿Y me dejas solo?

INÉS Es claro.

ENR. Y por un capricho raro
que se te ha metido ahí,
un matrimonio modelo
como el nuestro debió ser,
y que debía saber
convertir la tierra en cielo,
porque resuelto y tenaz
tu loco celo se empeña,
¿ha de andar siempre á la greña
y no ha de vivir en paz?
Terminen nuestras rencillas
y nuestra separación;
yo te pediré perdón
á tus plantas de rodillas,

y te daré explicaciones
de todo lo que ha pasado
y quedaré perdonado
cuando escuches mis razones.

INÉS Si eso tu amor me promete...
Vivir en paz yo deseo.
Habla, pero no te creo.
(Se sientan y aparecen Juana y Blas con luces)

CRIADOS La luz.

INÉS (Despidiendo á la Criada con un gesto.)
Apágala.

ENR. (A Blas.) Vete.
(Los Criados apagan y vanse.)
En cuanto entraste en la sala,
parece que te ofendiste
tan sólo porque me viste
hablar con la generala.
En mi condición de agente
de Bolsa, no hay que extrañar
que yo necesite hablar
con todo bicho viviente.
Me encomendó esa señora
que vendiera su papel,
y la estaba hablando del
precio que ha alcanzado ahora.
Mi amor hacia tí es profundo;
ni soy tan necio y tan vándalo
que vaya á dar un escándalo
delante de todo el mundo.
No debiste, pues, tener
ni sospechas ni recelos,
porque ya ves que tus celos
no tienen razón de ser.
Queden, pues, por enojosos
zanjados estos asuntos,
y vámonos los dos juntos
como dos buenos esposos.

INÉS ¡Sí, ya estás tú buena alhaja!
Ni hay tanto fuego en dos socios,
ni hay por qué hablar de negocios
bursátiles en voz baja.
Podríais estar hablando
de asuntos, pero, á fe mía,
que cualquiera pensaría

que os estabais confesando.
(Exaltándose por momentos.)
Y si no había motivo
en lo que ustedes hablaban,
¿por qué todos me miraban
con un aire compasivo?
¿Y por qué cien indiscretas
por lo bajo se entendían,
y blanco infeliz me hacían
de risas y cuchufletas?
¿Por qué me dijo un moscón
con un aire decidido:
«Inés, tiene usté un marido
que pide suplantación?»

ENR. Si alguien me ha podido hacer (Muy enojado.)
tan insolente atropello,
tú tienes la culpa de ello.

INÉS Yo, ¿por qué? vamos á ver.

ENR. Porque con tu intransigencia
y tus celos sin razón,
has llamado la atención
y me has puesto en evidencia.

INÉS ¡Eso es, cúlpame á mí!

ENR. Y con razón, eso es.

INÉS ¡Me faltas, Enrique! (Con acritud.)

ENR. (Con más acritud.) ¡Inés!

INÉS ¡Ay, pobre de mí!

ENR. Y de mí.

INÉS ¡Ingrato! (Con dolor.)

ENR. ¡Mujer! (Impaciente.)

INÉS (Con cólera.) ¡Infiel!

ENR. ¡Qué infamia!

INÉS ¡No tiene nombre!

ENR. ¡Pero mujer!

INÉS ¡Pero hombre!

ENR. ¿Quieres guerra?

INÉS Sin cuartel.

ENR. Tú quieres verme morir.

INÉS Y tú me quieres matar.

ENR. No se te puede aguantar.

INÉS No se te puede sufrir.

ENR. Me aburres.

INÉS No puedo más.

ENR. Oye.

INÉS Ya es inútil.
ENR. Pero...
INÉS Yo no aguanto...
ENR. No tolero...
INÉS Mi luz, Juana.
ENR. Mi luz, Blas. (Pausa.)
¡Pero es posible que quieras
que vivamos siempre así!
Si tú me quieres á mí
y yo te amo muy de veras,
dí, ¿no somos unos tontos?
INÉS Tú no miras lo que haces. (Cediendo.)
ENR. ¿Quieres que hagamos las paces?
INÉS ¡Es que tienes unos prontos! (Mimosa.)
ENR. Pequé, mas pido perdón;
que me lo otorgues espero,
pues ya sabes que te quiero
con todo mi corazón. (Se arrodilla.)
Hasta que te satisfaga
no he de moverme de aquí.
(Salen Juana y Blas con luces.)
INÉS Pero, ¿por qué eres así?
(Va á abrazarle, pero al ver á los criados se detiene.)
¡Ah, la luz! Apaga.
ENR. Apaga. (Vanse los criados.)
INÉS ¿Quieres mi perdón?
ENR. Lo pido.
INÉS Pues jura que no has de darme
motivo para enfadarme.
ENR. No lo ha habido.
INÉS (Contrariada.) Sí lo ha habido.
ENR. (Volviendo á enfadarse.)
¡Eres terca!
INÉS Tú eres más.
ENR. ¿Vuelves?
INÉS Eres tú.
ENR. Lo ves.
Si no fuera... (Casi amenazador.)
INÉS (Ofendida.) Enrique...
ENR. Inés...
(Queriendo cortar la cuestión.)
¡Nada!
INÉS (Idem.) ¡Nada! Juana.
ENR. Blas.

(Después de una pausa, cambiando de idea y resignado.)
Mira, no quiero reñir:
harás de mí lo que quieras.
No diré ni esto.

Inés ¿De veras?

(Salen los criados con las velas encendidas.)
En cuanto quieras decir
he de darte la razón,
porque ya mi amor desea
que ésta, vida mía, sea
nuestra última cuestión.
Selle la paz un abrazo
y no riñamos jamás.
(Abrazándola con mucho cariño.)
Unámonos de hoy en más
en indisoluble lazo.

Inés Bueno.

Enr. ¡Bendígate Dios!
Vivamos en paz y en calma.
¿Me quieres?

Inés ¡Con toda el alma!

Blas Chica, apaga y vámonos.
(Los criados apagan las luces y se van sin ser vistos por sus amos.)

Enr. Pero qué tontos que somos
y por qué cosas reñimos.
Cuando ambos á dos nacimos
para ser tiernos palomos...

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA MAGDALENA

Mag. ¡Ay, Dios mío de mi alma,
qué es lo que aquí va á pasar!
En este momento subo
de casa del general,
donde fuí con el objeto
de poner entre ambos paz.

Enr. ¡Santo Cristo! ¿Qué ha hecho usted?
Lo que dije no era más

que una farsa...

MAG. ¡Cómo es eso!

ENR. Y no hay tal duelo, ni tal...

MAG. Le he contado lo ocurrido
hoy en la *soirée*. (Asustada de lo que ha hecho.)

ENR. ¡Agua va!

MAG. Y cuando supo que tú,
con tu conducta fatal,
le has puesto hoy en evidencia,
ha comenzado á gritar
increpando á su señora
con un aire de chacal;
y si yo no estoy allí,
hace alguna atrocidad.
La señora se disculpa,
pero es inútil afan;
quiere explicárselo todo;
pero no pudiendo más,
cae encima de un sillón
con un síncope mortal.
El hombre se desespera,
bufa, gruñe, viene y va,
y dice que va á subir,
y que te quiere matar...
(Cambiando de tono.)
Y hará muy bien, sí señor.

INÉS ¿Por qué?

MAG. Porque en realidad
él es quien tiene la culpa.

INÉS ¿Cómo, él?

ENR. ¿Yo?

MAG. Tú nada más.
El general, convencido
de que no hay complicidad
en su mujer, que es un ángel,
de toda infamia incapaz,
dice que eres tú el culpable,
y que le vas á pagar
eso de estar cortejando
á su mujer.

INÉS ¿Con que hay tal?
¡De modo, que en el momento
de darme seguridad
de tu inocencia, me estabas

engañando, desleal!
ENR. ¡Hija, por amor de Dios!...
MAG. No te dejes engañar.
INÉS ¡Infame, aleve, perjuro!
ENR. ¡Por vida de Barrabás!
MAG. Pobrecita de mi alma,
tú te hubieras muerto ya
si tu madre, que te adora,
no velara por tu paz.
ENR. Pero, por todos los santos
de la corte celestial,
hágame usted el favor
de venir, señora, acá.
¿Siendo Inés impresionable
y nerviosa, si las hay,
no echa usté de ver que ahora
con su buena voluntad,
en lugar de apaciguarla,
la está usté exaltando más?
¿No tengo razón en eso?
MAG. Sí la tienes.
ENR. Claro está.
MAG. Pero yo lo arreglaré.
Bah, mujer, no seas tan
arrebatada y así...
ENR. Yo no soy un criminal.
MAG. No es un criminal tu esposo;
pero tú, al momento, paf,
¡te forjas unas novelas
con una facilidad!...
INÉS ¿Pero mamá, usté se cree
que yo puedo soportar
todo lo que está pasando
con toda tranquilidad?
MAG. Tiene razón la muchacha;
ella no puede aguantar
tranquila, que usted...
ENR. Y yo,
por una ilusión fatal,
he de consentir...
MAG. (A Inés.) Es cierto;
Enrique dice verdad.
INÉS Y es justo que yo tolere
lo que acaba de pasar.

MAG. (A Enrique.)
Sí, señor, lo que ha pasado
no es pecado venial.

ENR. Señora, no tenga usté
tanta volubilidad;
porque con ese carácter
nunca se puede contar
para nada con usté,
que en su firme voluntad
de poner paz entre todos,
lo hace usté de un modo tal,
que en esta casa no hay un
día de tranquilidad.

MAG. ¡Usté se atreve á insultarme!
Me falta al respeto. ¡Ay!...
me pongo mala, socorro,
agua, aire... (Se deja caer sobre un sillón.)

INÉS ¡Juana, Blas!

ENR. ¡Esto sólo nos faltaba!

INÉS ¡Ay, pobrecita mamá!

ESCENA X

DICHOS, BLAS

BLAS (Desde la puerta.)
¿Se puede? Sí. ¿Traigo luz?

ENR. Un vaso de agua, animal.

BLAS ¡Como me dijo la Juana
que cuando oyera llamar
era que querían luz!...

ENR. Calla, estúpido.

BLAS No hay
motivo para ponerme
motes.

MAG. (Levantándose.)
Es mucha verdad;
tiene razón el muchacho.

ENR. ¡Otra te pego! ¿Habrá tal?
Pues, con razón ó sin ella,
en este instante se va

de mi casa.

BLAS. ¡Ay, Dios! Señora,
si Juana me dijo...

MAG. ¡Ah!
Esa Juana es el demonio:
justo, y por ella te vas.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, JUANA con una carta

JUANA ¿Por mí? ¿Pues qué le he hecho yo?

MAG. Sí, por tí, porque le das
órdenes equivocadas.

INÉS Tú no tienes...
(Riñen los criados dando voces, hasta que Enrique dice «Chito.»)

ENR. ¡Voto va!
¡Hasta á los mismos criados
me quiere usted enzarzar!
Chito. ¿Qué traes?

INÉS Esta carta
de parte del general
de abajo.

MAG. ¡Ay, Dios! ¿Será un reto?
Yo me encargo de arreglar...

ENR. (Leyendo.)
«Vecino, con esa suegra
que tiene tan imprudente,
ustedes, seguramente,
pasarán la pena negra.
Pues con el laudable fin
de que haya entre todos paz,
ella sola es muy capaz
de armar la de San Quintín.
Una, cualquiera la pasa:
pero, con harto dolor,
he de pedirle el favor
de que no vuelva á mi casa.»

MAG. ¿Eso dice? (Indignada.)

ENR. Sí, señora.

MAG. Tiene razón. (Con resignación.)
ENR. ¡Qué emoción!
¡Si ella por dar la razón!...
MAG. Mas cambiaré desde ahora.
Que no haya más arrebatos.
¿Qué debo yo hacer?
ENR. Callar.
MAG. ¿Y no volveréis á estar
ya como perros y gatos?
LOS DOS No.
MAG. Pues para conclusión,
debieran aplaudir.
LOS DOS Sí.
MAG. (Al público.)
¡Ay! Dios quiera que ahora aquí
no nos quiten la razón.

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Pruebas de fidelidad, juguete en un acto y en verso.
Noticia fresca, id. id. (1). (Sexta edición.)
Falsos testimonios, id. en prosa.
Fuerza mayor, id. en verso.
Hay entresuelo, id. en prosa. (Segunda edición.)
El Demonio que lo entienda, id. en dos actos y en prosa (2).
El Otro yo, id. en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
La Vendetta, id. en verso.
La Venta del pillo, tonadilla, música de los maestros Valverde y Chueca.
Ni visto ni oido, juguete en un acto y en verso.
Tentar al diablo, comedia en dos actos y en verso.
Lo de anoche, juguete en un acto y en prosa.
A tontas y á locas, comedia en un acto y en verso.
Los Trapos de cristianar, juguete en tres actos y en prosa (3).
Amor, parentesco y guerra ó el Medallón de topacios, drama burlesco en un acto y en verso (1).
Ganar tiempo, juguete en un acto y en verso.
La de San Quintín, id. id. en prosa.
Música clásica, disparate cómico-lírico en un acto y en prosa, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)
Solitos, juguete en dos actos y en verso.
Nada entre dos platos, entremés lírico, música del maestro Chapí.
Tomasica, comedia en dos actos y en verso.
Escuela de medicina, juguete en un acto y en verso.
La Serenata, ópera en un acto, música del maestro Chapí.

---

(1) En colaboración con el D. Vital Aza.
(2) Idem con D. Constantino Gil.
(3) Idem con D. José Campo-Arana.

De confianza, juguete en un acto y en verso.
Perros y gatos, id. id. (Segunda edición.)
Pares ó nones, id. id. »
Como Pedro por su casa, id. en prosa.
Los Tiranos, comedia en un acto y en prosa.
La Cruz de fuego, zarzuela en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Marqués.
San Franco de Sena, drama lírico en tres actos y en verso (refundición), música del maestro Arrieta.
Juan y Pedro, juguete en un acto y en verso.
La Flor de lis, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Chapí.
Guldnara, ópera en un acto, música del maestro Brull.
El Hermano Baltasar, zarzuela en tres actos y en prosa música del maestro Fernández Caballero.
El Ventanillo, sainete en un acto y en verso. (Tercera edición)
La Mujer de su casa, id. id.
La Reconquista, comedia en un acto y en prosa.
Don Luis Mejía, juguete cómico en un acto y en prosa.
Mimí, comedia en dos actos y en prosa.
El Milano, juguete cómico-lírico, en un acto, música del maestro Brull.
La Cáscara amarga, juguete en un acto y en prosa.
Las Hijas del Zebedeo, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, música del maestro Chapí.
La Escandalosa, juguete cómico en un acto y en verso.
La Flor del trigo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Chapí.
Los nuestros, zarzuela cómica en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.
Safo, juguete cómico en un acto y en prosa.
El Mesón del Sevillano, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en verso, música del maestro Estellés.
¡Cariño! zarzuela cómica en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Estellés.
La Czarina, opereta en un acto y en prosa, música del maestro Chapí. (Segunda edición.)
El organista, zarzuela cómica en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La cuerda floja.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; d *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio Sa Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7 de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, ca lle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infan tas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares direct mente á esta casa editorial, acompañando su importe en sell de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no sera servidos.